

Los individuos en el contexto de la flexibilidad de la red como forma de organización

[The individual in the web flexibility
context as a form of organization]

Luis E. Blacha*

Resumen

Los autores analizados en este trabajo conceptualizan al régimen surgido en la crisis fordista como flexible y caracterizado por una radicalización de la separación entre espacio y tiempo, posibilitando relaciones globales. Dada la celeridad del cambio, la transformación de la estructura material de la sociedad y las nuevas tecnologías de la información, pareciera que lo inmaterial pasa a predominar sobre lo material. El trabajo inmaterial, el conocimiento como parte central de la producción y el peso determinante del sistema financiero son los hechos que sostienen nuestra afirmación. Las certezas de la sociedad de posguerra parecen evaporarse. Surge una sociedad del riesgo, donde las instituciones pueden hacer muy poco para evitarlo. Los cambios modifican al sujeto y la manera en que éste se construye a sí mismo. La reflexividad, la manera en la que uno se piensa, aparece tanto del lado del individuo como del de la sociedad. El cambio, su celeridad y su obligatoriedad, hace necesaria a la red como forma de organización social y al individuo casi sin rutina como el tipo ideal de hombre para estos tiempos. El proceso de individuación que se da en las sociedades del capitalismo periférico es otro asunto a tratar. Por último, se analizará el concepto de multitud, para comprender cómo estos individuos se agrupan entre sí.

Palabras clave: Crisis fordista. Flexibilidad. Sociedad de riesgo. Multitud. Reflexividad.

Abstract

The authors analyze conceptually the system that arose in the fordism crisis as flexible and characterized by a radical separation between time and space, giving way to global relations. Given the speed of change, the transformation of society's materialist structure and the new information technologies, what's virtual seems to prevail over the concrete and visible. Virtual work, knowledge as the center of production and the determining weight of the financial system are the facts that support this statement. The certitude of post-war society seems to vanish. A risk society arises in which the institutions cannot do much to avoid risk. Changes modify the individual and the manner in which humans build their self. Reflexivity, the manner of thinking about oneself, appears in both individuals and in society at large. Change, with its speed and its mandatory nature, demands the web as a form of social organization and the individual without a routine as the ideal type of human for the present times.

The individuality process that takes place in peripheral capitalist societies is a different matter. Finally, the concept of multitude is analyzed to understand how such individuals come together.

Key words: Fordism crisis. Flexibility. Risk society. Multitude. Reflexivity.

* CONICET

1. Introducción

Los autores analizados en este trabajo (Anthony Giddens, 1997, 2000; Ulrich Beck, 1999; Richard Sennett, 2000; Tony Negri y Michael Hardt, 2004; Scott Lash, John Urry, 1998; Fernando Robles, 1999; David Harvey, 1998; Robert Castel, 2004; Manuel Castells y Paolo Virno, 2003) conceptualizan al régimen surgido en la crisis fordista como flexible y caracterizado por una radicalización de la separación entre espacio y tiempo, posibilitando relaciones globales. Dada la celeridad del cambio, la transformación de la estructura material de la sociedad y las nuevas tecnologías de la información, pareciera que lo inmaterial pasa a predominar sobre lo material. El trabajo inmaterial, el conocimiento como parte central de la producción y el peso determinante del sistema financiero son los hechos que sostienen nuestra afirmación.

En este contexto de cambio y de radicalización de ciertas tendencias ya insertas en la sociedad industrial, las certezas de la sociedad de posguerra parecen evaporarse. Surge una sociedad del riesgo, donde las instituciones pueden hacer muy poco para evitarlo. Se pasa de un peligro concreto a un riesgo indefinido, con flexibilidad, y los sujetos deben afrontar como pueden sus vidas, sopesando ese riesgo omnipresente sin rostro.

Los cambios en la sociedad (en sus instituciones; una sociedad civil absorbida por el Estado) modifican al sujeto y la manera en que éste se construye a sí mismo. La reflexividad, la manera en la que uno se piensa, aparece tanto del lado del individuo como del de la sociedad. No es sólo el riesgo –que los acecha a ambos– lo que posibilita esta reflexividad, de la que ninguno de los dos pareciera poder escapar; el cambio, su celeridad y su obligatoriedad, hace necesaria a la red como forma de organización social y al individuo casi sin rutina como el tipo ideal de hombre para estos tiempos.

Este trabajo analiza las características que tiene el hombre de esta era posfordista. El análisis general y teórico de los cambios estructurales que se producen en la sociedad, llevando a la crisis del fordismo y a un régimen de acumulación flexible, es el punto de partida elegido para estudiar luego la reflexividad, desde una perspectiva macro a una mirada micro. Con estos conocimientos se estudiará al individuo que posibilita y se desarrolla en este contexto. El proceso de individuación que se da en las sociedades del capitalismo periférico es otro asunto a tratar. Por último, se analizará el concepto de multitud, para comprender cómo estos individuos se agrupan entre sí.

2. La crisis fordista. ¿Y después...?

A mediados de la década del 60 ya hay indicios de serios problemas al interior del fordismo, situación que es simultánea al éxito de la racionalización fordista. Entre

1965 y 1973 se pone de manifiesto la incapacidad del fordismo para contener las contradicciones inherentes al capitalismo. En este rígido sistema, la política monetaria aparece como el único elemento flexible, gracias a la posibilidad de imprimir moneda para mantener la estabilidad económica; provocando una ola inflacionaria que pondría fin al boom de la posguerra.

En contraste a este esquema, la acumulación flexible descrita por David Harvey apela a la “flexibilidad con relación a los procesos laborables, los mercados de obra, los productos y las pautas de consumo” (Harvey, 1998: 170). Esta novedosa forma de acumulación emerge de sectores totalmente nuevos de producción, de servicios financieros, de mercados con gran innovación comercial, tecnológica y organizativa. Esta situación genera un importante crecimiento del desarrollo desigual, tanto entre sectores como entre regiones geográficas. Se acortan los tiempos para la toma de decisiones y disminuyen los costos de transporte, posibilitando “una mayor extensión de estas decisiones por un espacio cada vez más amplio y diversificado” (Harvey, 1998: 171-2).

La base material de la sociedad se modifica aceleradamente por una revolución tecnológica centrada en las tecnologías de la información. Esta revolución se origina en los ideales libertarios de la década del '60, pero al difundirse son apropiadas por distintas organizaciones que las explotan con diversos usos, “acelerando la velocidad y ampliando el alcance del cambio tecnológico y diversificando sus fuentes” (Castells: 32). La tecnología expresa la capacidad de una sociedad “para propulsarse hasta el dominio tecnológico mediante las instituciones de la sociedad, incluido el Estado” (Castells: 38-9).

Manuel Castells distingue, en este contexto, dos modelos de informatización: el primero orientado a la economía de servicios, especialmente los financieros, liderado por Estados Unidos, el Reino Unido y Canadá. El segundo es el modelo info-industrial, como el japonés y el alemán, donde el empleo industrial decae más lentamente que en el primer modelo y la informatización está integrada en la producción industrial existente que se fortalece.

El toyotismo, como ejemplo del modelo info-industrial, se basa en “una inversión de la estructura fordista de comunicación entre la producción y el consumo” (Hardt y Negri, 2004:257). En él, la planificación de la producción está en constante comunicación con los mercados; las mercancías se producirán de acuerdo con la demanda del momento. Es una inversión de la relación fordista, porque la decisión de la producción “se toma después y como una reacción a la decisión del mercado” (Hardt y Negri, 2004:257). La comunicación y la información juegan un rol central en la producción. Es una noción empobrecida de la comunicación como “mera transmisión de los datos del mercado” (Hardt y Negri, 2004:257).

La informatización de la producción y la labor inmaterial han homogeneizado el trabajo, haciendo que el obrero quede “cada vez más apartado del objeto de su trabajo” (Hardt y Negri, 2004:258). La producción se enriquece con la

complejidad de la interacción humana; además, libera al capital de toda limitación territorial.

La “*acumulación flexible*” implica altos niveles de desempleo “*estructural*”, con una rápida destrucción y reconstrucción de las calificaciones, escasos aumentos del salario real y un retroceso del poder sindical. El empleo regular cede espacio a los contratos de trabajo temporario y se produce una nueva organización laboral compuesta por empleados de tiempo completo que son indispensables para el futuro de la organización a largo plazo, quienes deben adaptarse a las diferentes situaciones. Conjuntamente con este grupo aparecen otros dos, de corte periférico: uno está formado por “empleados de tiempo completo con capacidades que son fácilmente utilizables en el mercado de trabajo, como los empleados de menor capacitación, las funciones de secretariado y los trabajadores manuales de rutina y menos calificados” (Harvey, 1998: 173-4). Tienen menos oportunidades de hacer carrera y una gran rotación de la mano de obra. El otro grupo “proporciona una flexibilidad numérica aún mayor y está compuesto por los empleados de medio tiempo, temporarios, personal con contratos de tiempo establecido, subcontratados y aprendices públicamente subsidiados, con menos seguridad laboral todavía que el primer grupo periférico” (Harvey, 1998: 174-5). Estas nuevas condiciones del mercado laboral acentúan la vulnerabilidad de los grupos en desventaja y promueven el Estado “*empresarial*”, favoreciendo un clima propicio para los negocios, limitando el poder sindical.

La disminución de puestos de trabajo industriales bien remunerados, explica en parte el deterioro de la posición de los varones jóvenes en el mercado laboral. Además, los salarios profesionales de servicios al productor son más altos que en las fábricas. Este desplazamiento hacia los servicios acentúa la desigualdad de ingresos de manera irreversible.

La “*civilización del trabajo*” se impone como modo hegemónico pero comienza a agrietarse, volviendo a “actualizarse la vieja obsesión popular de tener que ‘vivir al día’” (Castel, 2004: 465). No obstante, Robert Castel afirma que “la sociedad actual es todavía, masivamente, una sociedad salarial” (Castel, 2004: 466), y que habría que hablar de su metamorfosis, no de su fin. En la sociedad salarial, el mundo del trabajo es “una superposición jerárquica de colectividades constituidas sobre la base de la división del trabajo, y reconocidas por el derecho” (Castel, 2004: 470).

El tiempo de rotación del capital se reduce por las nuevas tecnologías y las novedosas formas de organización. Pero la aceleración del tiempo de rotación en la producción sería inútil si “no se redujera también el tiempo de rotación en el consumo” (Harvey, 1998: 179). Esta nueva acumulación recurre asiduamente al capital financiero como poder coordinador. Para David Harvey, “no hay nada esencialmente nuevo en esta tendencia hacia la flexibilidad ya que el capitalismo ha recorrido antes estas posibilidades en forma periódica” (Harvey, 1998: 215). Lo

singular, ocurrido en el período que comienza en 1972, es la “extraordinaria efervescencia y transformación de los mercados financieros” (Harvey, 1998: 218), autónomos de la producción real.

El dinamismo de la modernidad deriva de la separación del tiempo y el espacio, permitiendo una precisa “regionalización” de la vida social; así como el *desanclaje* de los sistemas sociales y el ordenamiento reflexivo de sus relaciones sociales debido a las continuas incorporaciones de conocimiento que afectan las acciones de los individuos. Anthony Giddens, por ejemplo, entiende por *desanclaje* el despegar “las relaciones sociales de sus contextos locales de interacción y reestructurarlas en indefinidos intervalos espacio-temporales” (Giddens, 1997:32). Completa esta noción con la de reanclaje, es decir, la “reapropiación de las relaciones sociales desvinculadas, para relacionarlas (aunque sólo sea parcial y transitoriamente) con las condiciones locales de tiempo y lugar” (Giddens, 1997:81).

Giddens denomina “sistemas abstractos” al conjunto de “señales simbólicas” y “sistemas expertos”. Entiende por “señales simbólicas” a los medios de intercambio que “pueden ser pasados de unos a otros sin consideración por las características de los individuos o grupos que los manejan en un contexto determinado” (Giddens, 1997:32-3). Los “sistemas expertos” lo son en tanto “logros técnicos o de experiencia profesional que organizan grandes áreas del entorno material y social en el que vivimos” (Giddens, 1997:37). Ambos coinciden en remover de sus contextos a las relaciones sociales. La orientación de la modernidad hacia el futuro se basa en la fiabilidad conferida a los sistemas abstractos y se apoya en la credibilidad que brinda el cálculo de beneficio y riesgo, dentro de las circunstancias en las que el conocimiento experto no sólo proporciona el cálculo, sino que efectivamente crea el universo de acontecimientos como resultado de la continua aplicación reflexiva de ese mismo conocimiento. Las transformaciones de la modernidad sirvieron para establecer formas de interconexión social a nivel global y para alterar algunas de las más privadas características de nuestra vida cotidiana. Se produce una interdependencia global de todas las economías del mundo, mayor flexibilidad en la gestión y “una individualización y diversificación crecientes en las relaciones de trabajo” (Castells: 32).

Manuel Castells distingue entre la “sociedad de la información” y la “sociedad informacional”. En la primera destaca el papel de la información en la sociedad como “muy importante”. La segunda –en cambio– la refiere a una forma específica de organización social, donde “la generación, el procesamiento y la transmisión de la información se convierten en las fuentes fundamentales de la productividad y el poder, debido a las nuevas condiciones tecnológicas que surgen de este período histórico” (Castells: 47).

Las funciones y los procesos centrales en la era de la información se organizan en torno a redes, es decir, a “un conjunto de nodos interconectados” (Castells:

506-7), dice Castells. Un nodo es “el punto en el que una curva se intersecta a si misma” (Castells: 506-7). Dentro de una red, los flujos tienen la misma distancia entre los diferentes nodos. Son estructuras abiertas, capaces de expandirse ilimitadamente. Es el instrumento apropiado para una economía que se basa en la innovación, la globalización y la concentración descentralizada, donde “son los conmutadores los que poseen el poder”. Constituyen la nueva morfología de nuestras sociedades y la difusión de su lógica de enlace modifica la operación y los resultados de los procesos de producción, la experiencia, el poder y la cultura. Su importancia radica en que “el poder de los flujos tiene prioridad sobre los flujos del poder” (Castells: 505).

El capitalismo es global y se estructura en torno a una red de flujos financieros. El capital funciona a escala global como una unidad en tiempo real. Se realiza, invierte y acumula, principalmente, en la esfera de la circulación, como capital financiero. Este capital necesita, a su vez, del conocimiento generado por la tecnología de la información, articulando “el modo capitalista de producción y el modo informacional de desarrollo” (Castells: 508-9).

Para Tony Negri y Michael Hardt, la “sociedad de control” es la que se desarrolla a finales de la modernidad y se extiende a la actualidad. En ella los mecanismos de dominio se “democratizan”, haciendo que los sujetos “interioricen cada vez más las conductas de integración y exclusión social adecuadas para este dominio” (Hardt y Negri, 2004:36). Se intensifica y generaliza el poder disciplinario que anima internamente las prácticas cotidianas, control que se extiende mucho más allá de las instituciones sociales.

La sociedad civil es “absorbida en el Estado” (Hardt y Negri, 2004:37), singularizando los rasgos individuales. Se produce una paradoja, ya que este poder “mientras unifica e incorpora todos los elementos de la vida social (y, por lo tanto, pierde la capacidad de mediar efectivamente entre las diferentes fuerzas sociales), revela al mismo tiempo un nuevo contexto de máxima pluralidad e incontenible singularización; un ámbito de acontecimientos” (Hardt y Negri, 2004:37-8).

La nueva infraestructura de la información está inmersa en los nuevos modos de producción y es inmanente a ellos. La red misma es el sitio de la producción y de la circulación. En términos políticos, esta infraestructura es la combinación de “un mecanismo democrático y un mecanismo oligopólico que operan según los diferentes modelos de los sistemas en red” (Hardt y Negri, 2004:264). La red democrática resulta así un modelo totalmente horizontal y des-territorializado, difícil de controlar, porque ningún punto de la red es necesario -carece de un centro- para que los demás se comuniquen. El modelo oligopólico caracteriza a los sistemas de difusión, donde hay un punto único de emisión y los receptores son infinitos.

Es una de las razones sustantivas que sostienen la afirmación de Tony Negri, al decir que los grandes poderes industriales y financieros producen “no sólo mer-

cancias, sino también subjetividades” (Hardt y Negri, 2004:43). Esas subjetividades, en tanto agentes políticos, generan necesidades, relaciones sociales, cuerpos y mentes. Por estas causas el “*poder del imperio*” se basa en su capacidad de acumulación y también en la de extenderse globalmente. Es muy importante el trabajo inmaterial, que concilia tres grandes aspectos: la labor comunicativa de la producción industrial a través de redes informativas, la labor interactiva de los análisis simbólicos y la producción y la manipulación de los afectos. Entonces, la industria de la comunicación juega un papel destacado en la producción biopolítica. El lenguaje, al comunicar, produce mercancías, pero además crea subjetividades, las relaciona y ordena. Negri afirma que “la comunicación y el contexto biopolítico son coexistentes” (Hardt y Negri, 2004:44).

Para Tony Negri son tres los tipos de trabajo inmaterial: 1) la producción industrial informatizada, que considera a la fabricación como un servicio y mezcla el trabajo material con el inmaterial; 2) el trabajo inmaterial de las tareas analíticas y simbólicas; y 3) la producción y manipulación de afectos. La cooperación es por completo inherente a la tarea misma, ya que la productividad adquiere la forma de la “interactividad cooperativa a través de redes lingüísticas, comunicacionales y afectivas” (Hardt y Negri, 2004:260).

La “sociedad del riesgo” designa una fase de la sociedad moderna en la que, a través del cambio, la producción de riesgos políticos, ecológicos e individuales escapa al control de las instituciones. Los conflictos por la distribución de bienes sociales se superponen con los derivados de la distribución de daños colectivamente producidos.

Esta “sociedad del riesgo” se advierte en tres ámbitos: 1) la relación de la sociedad con los recursos naturales y culturales, que “se consumen y se disuelven”; 2) la relación de la sociedad con los peligros que ella misma crea; y 3) un cambio en el individuo, que está amenazado por mayor variedad de riesgos personales y globales. No se puede dominar la incertidumbre que los riesgos plantean. Este peligro revitaliza el reclamo de la ciudadanía “contra las coaliciones y burocracias de represión institucionalizadas” (Beck: 209).

Niklas Luhman diferencia riesgos de peligros. Los primeros hacen referencia, en su explicación, a daños producidos por una decisión tomada por uno mismo; mientras que en los segundos los daños provienen desde el exterior. Quien piensa el mundo como riesgo, no puede obrar.

El peligro absoluto reclama protección contra el mundo como tal. Ese tipo de peligro no tiene un contenido unívoco. La angustia no se conecta con ninguna ocasión particular, sobreviniendo en cualquier momento. Aparece en aquellos que se alejan de la comunidad, de los hábitos compartidos, de los “*juegos lingüísticos*” comunes, internándose en el vasto mundo. La clase política, que en teoría es responsable de proteger a la sociedad, es vista como una auténtica amenaza para la justicia y la libertad de los hombres.

En su autocomprensión del riesgo, la sociedad se vuelve reflexiva, convirtiéndose en tema y problema para sí misma; “tiende a ser una sociedad autocrítica” (Beck: 217). Los problemas sociales, al tratarse como riesgos, no consiguen soluciones terminantes. Esta incalculabilidad del riesgo se extiende por todos los dominios sociales, derribando las fronteras nacionales y de clase. En las temáticas de riesgo nadie puede ser experto.

En síntesis, vivimos en un mundo distinto al que pertenecen nuestras categorías del pensamiento. Dice Beck: “vivimos en el mundo del Y y pensamos con las categorías del O ESTO O AQUELLO” (Beck: 227). La diferenciación funcional es sustituida por la coordinación funcional y nuevamente aparecen el “y” en el “o esto o aquello”.

La aceleración, que *distancia* las relaciones sociales y *comprime* el espacio-tiempo, vacía a los sujetos y a los objetos. Estos pierden significación y las relaciones sociales se vacían de sentido. Harvey critica la posición de Lash y Urry en la que tildan al capitalismo actual como desorganizado, remarcando más su desintegración que su coherencia, y eluden, por lo tanto, la posibilidad de enfrentar una transición en el régimen de acumulación.

3. La reflexividad

La modernización reflexiva es una transformación sin planificación de la sociedad industrial. Es la modernización industrial aplicada sobre sí misma. Está latente en el transcurso normal de la modernización y apunta a una radicalización de la modernidad, que abre paso a otra, a una sociedad diferente. Este pasaje es apolítico, colisionando con la autocomprensión democrática de la sociedad industrial. La modernización reflexiva refiere “una modernización potenciada por el impulso transformador de lo social” (Beck: 233).

Este pasaje de la época industrial a la del riesgo se realiza imperceptiblemente en el curso de la modernización autónoma, de acuerdo al modelo de efectos colaterales latentes. Esos efectos no pueden medirse institucionalmente en la sociedad industrial. Se trata de un triunfo de los supuestos sostenidos por ella.

Beck distingue tres fases que llevan durante el siglo XX a la modernidad reflexiva. La primera se prolonga hasta bien entrados los años sesenta y se caracteriza por la necesidad de reconstituir un mundo en ruinas y el miedo a la destrucción de lo conseguido. Promediando los años setenta hasta la década del 80, con el fin de la ilusión de la prosperidad infinita, se extiende la segunda fase, con sus efectos negativos refutados por las instituciones y puestos sobre el tapete por los movimientos de protesta; se difuminan por toda la sociedad libertades políticas. La tercera etapa, la de la sociedad de riesgo mundial, ve reaparecer la incertidumbre como amenaza para las instituciones y los propios hombres. En esta

etapa se “encuentran reunidos los derechos fundamentales, el miedo al futuro y la demanda de libertad, la conciencia de la libertad. Ésta es la constelación natal del ciudadano desagradable” (Beck, 1999:24-5).

El ascenso de las amenazas estructurales de la sociedad industrial da la imagen de movimiento. Se propagan alternativas profesionales de autocontrol y las instituciones abren sus fundamentos a la legitimidad dada por los individuos. Lo racional y funcional, deviene disfuncional e irracional.

Tanto Ulrich Beck como Anthony Giddens privilegian la dimensión cognitiva de la reflexividad, pasando por alto la dimensión estético-expresiva de la persona. Proponen una imagen del sujeto como entidad que gobierna reflexivamente cuerpos, pero “no se lo ve corporal a él mismo” (Lash y Urry, 1998: 54). La solución para las consecuencias negativas de la modernidad tardía es radicalizarla, afirman Lash y Urry. La modernidad tardía no es sólo mercantilización y dominación de una racionalidad instrumental técnico-científica; también brinda posibilidades para que los individuos reflexionen críticamente sobre esos cambios y sobre sus propias condiciones sociales de existencia, “con la potencial transformación de éstas” (Lash y Urry, 1998: 54).

Para Beck, la “sociedad del riesgo” es la muerte de la sociedad nacional. Mientras en esta última las líneas de fractura se definían por la distribución de bienes, en la primera se definen por la distribución de males. En ésta no hay clases, ya que los ricos también están sometidos al riesgo; pero son los pobres los que más sufren. El riesgo es el principio axial de la organización social. Termina con el cálculo de riesgos de la sociedad industrial, ya que la compensación resulta imposible ante el daño global irreparable; es imposible el control anticipatorio de los resultados; los efectos de las catástrofes se presentan en oleadas sin término, que afectan a las futuras generaciones. Se produce una gran erosión del pacto social de la sociedad industrial.

Si la modernización es introducida por una elite técnico-científica -fracción hegemónica de la clase dominante en la “sociedad del riesgo”-, no es modernización reflexiva; según Beck, por el contrario, agrava los errores de la modernización inicial. Para Giddens esta modernización también sería reflexiva, mientras que para Beck sólo lo sería si se introduce una crítica a esas elites. Los principales agentes de la reflexividad en la sociedad actual son la pequeña burguesía y los obreros poco calificados. La lucha primordial se da por el poder simbólico para decidir qué es un riesgo. Es imposible una modernización plena “si no se ha vuelto enteramente reflexiva” (Lash y Urry, 1998: 8).

Para Giddens, la reflexividad tiene cuatro rasgos clave: 1) regula la conducta individual; 2) en esa regulación tiene un papel central el conocimiento; 3) es mucho más estratégica que la de Beck; 4) la entiende como “hermeneútica”. En ella cobran importancia los “mecanismos de desarraigo”, que producen un distanciamiento espacio-temporal. Además, posee un rasgo conservativo; en tanto

el individuo ontológicamente seguro “ancla en la disciplina de una rutina predecible” (Lash y Urry, 1998: 63). Se pasa de una regulación social a una regulación de la persona.

Concuerta con la noción de Beck de una “sociedad del riesgo”. En ambos, esas consecuencias no buscadas son los peligros de la sociedad actual e incluye grandes sectores de la vida social como el trabajo, la vida privada y los valores.

Los sistemas expertos acotan el tiempo y el espacio, así como el saber de los individuos, por el avance del conocimiento técnico en el que se deposita la confianza, creando islas de certeza en la modernidad reflexiva. Se pasa de un “tiempo objetivo” moderno a temporalidades subjetivadas.

En la alta modernidad los motivos suponen una anticipación cognitiva de una situación de cosas por realizar. La vergüenza a la que esta modernidad nace cuando falla, contiene un elemento temporal que es importante porque “amenaza la integridad narrativa de la identidad propia moderna” (Lash y Urry, 1998: 69). Giddens supone una “regulación” cibernética de la conducta y entiende que el cuerpo es regulado, y es esencial para la auto-reflexividad.

El sujeto, para Beck, es un “yo moral-cognitivo”, mientras que para Giddens es un “yo estratégico-cognitivo”. Para el primero, el objeto de la reflexividad son los procesos sociales, y para Giddens es la persona. El medio, para Beck, es la crítica de la tradición del marxismo y francfortiana; mientras que para Giddens es la regulación etnometodológica, de corte “cibernética” (Lash y Urry, 1998: 72-3).

La reflexividad se desplaza del partido y del sindicato a las bases, al individuo, que hace de “intelectual orgánico”. Los sistemas abstractos, que son las fuentes de la reflexividad, resultan ahora las instituciones culturales, mediáticas y educacionales, con fuerte presencia constitutiva de lo simbólico. La revolución deviene en una transformación de la cultura de la sociedad civil. Al disociarse las clases sociales, se intensifican las desigualdades; aislándose la pobreza.

La modernización reflexiva sustituye los supuestos culturales de las clases sociales por formas individualizadas de la desigualdad social. Se produce una profundización en la desigualdad social, diseminada temporal, espacial y socialmente y se pasa del enfrentamiento entre grupos a la fluctuante opinión pública de los medios masivos de comunicación.

La fuerza que cuestione el monopolio de la racionalidad y de la industrialización debe surgir de “la dictadura de las coacciones objetivas –economía, técnica, política, ciencia–, es decir, del absolutismo de la propia modernización de la sociedad industrial” (Beck: 225). Hay que volver a las fuentes de la modernidad.

Beck identifica tres dicotomías políticas centrales en la modernidad reflexiva: seguridad-inseguridad, interior-exterior y político-no político. En la primera se incluye la categoría de “amenaza colectiva no-pretendida contra la vida”, como una novedad histórica. El peligro no procede de enemigos “exteriores”, sino del propio interior, de aquellos que deben garantizar la seguridad y el orden. Lo cual

se relaciona con la segunda dicotomía en tanto es imposible fijar límites ante peligros globales. La tercera dicotomía hace referencia a los sentimientos de histeria y derrota propios de la modernidad reflexiva. Se produce, entonces, la invención de lo político tras la clausura definitiva de la sociedad industrial. Se derrumban los supuestos de la época industrial y la acción de los individuos “toma el centro” (Beck: 251-5).

Mientras la modernización simple localiza el motor del cambio social en las categorías de la racionalidad teleológica, la modernización reflexiva lo hace en los efectos colaterales. Lash y Urry desacuerdan con Beck y Giddens, con respecto al elemento estético de la modernidad reflexiva. Este componente propio de la vida cotidiana, el cine, el ocio, etc., es esencial para esta nueva “condición” que llamaremos “*posmoderna*” y que debe vincularse a cambios político-económicos, en tanto la reflexividad estética penetra en los procesos sociales a través de la poesía, la televisión, la pintura, etc., como mediadores en la regulación reflexiva de la vida. Se produce un desplazamiento de la reflexividad del trabajo al consumo, similar al que ocurre en la cultura, donde la personalidad se compromete con estilos de ropa, deportes, música, etc. El consumo adquiere gran importancia en la formación de la identidad.

4. El individuo

El “capitalismo flexible”, tal como lo describe Richard Sennett, exige que los trabajadores asuman un riesgo tras otro dependiendo menos de los reglamentos. Con la flexibilidad, el trabajo retoma ese sentido desconocido, fragmentario, que tenía con la noción de *job*. Ya no hay más “puestos de trabajo” sino “proyectos”; lo muestran los contratos a corto plazo para tareas que antes se realizaban dentro de la empresa misma y ahora se terciarizan. Este cambio es producido por el deseo impaciente del capitalismo por un rápido rendimiento. Esa incertidumbre de la flexibilidad crea ansiedad porque se usa “para suavizar la opresión que ejerce el capitalismo” (Sennett, 2000: 10), sostiene Sennett.

La organización de las empresas conforma una red donde nada es a largo plazo, debilitando la lealtad mutua entre los empleados y la empresa. Pareciera que las formas fugaces de asociación que promueven las redes son más útiles para el capitalismo que los sólidos lazos sociales. Ese “nada a largo plazo”, en el terreno familiar, se traduce en no sacrificarse ni comprometerse con nada ni con nadie.

Para un clásico como Diderot, cuando se domina la rutina se llega a dominar el trabajo y se obtiene tranquilidad. Para Adam Smith, por su parte, la rutina es autodestructiva de los seres humanos, al hacer que pierdan el control sobre su esfuerzo y su tiempo de trabajo. Imposibilita la creación de una historia personal: para desarrollar el carácter hay que romper con la rutina y volcarse a la solidari-

dad. Diderot, en cambio, advierte que la rutina “puede descomponer el trabajo, pero también componer una vida” (Sennett, 2000: 44), fomentando la aparición de una narrativa. Anthony Giddens, visto como el heredero moderno de Diderot, señala el papel fundamental de las costumbres en las prácticas sociales y en la auto-comprensión; en tanto probamos alternativas “sólo en relación con hábitos que ya hemos dominado” (Sennett, 2000: 46). La rutina da sentido a la vida, para esta concepción. En la flexibilidad, la rutina está desapareciendo de los sectores dinámicos de la economía; pero el fordismo domina la mayor parte del trabajo, por lo cual es posible creer, a la manera de Adam Smith, que la gente estimula una experiencia más flexible.

La flexibilidad se centra en fuerzas que doblagan a la gente. Su sistema de poder, según Sennett, se compone de tres elementos: reinención discontinua de las instituciones, especialización flexible de la producción y concentración sin centralización del poder. El primer elemento hace referencia a la dependencia del deseo de cambio que posee el comportamiento flexible. A nivel institucional se intenta una reinención irrevocable que separa al presente del pasado, promoviendo redes amorfas a corto plazo, lo cual lleva a Lash y Urry a hablar del fin del capitalismo organizado. El segundo elemento busca producir acciones cada vez más variadas en el menor tiempo posible, gracias a la velocidad de las comunicaciones electrónicas; las demandas del mercado exterior determinan la estructura interna de las instituciones. El tercer elemento también está influido por las tecnologías de comunicación que posibilitan un control total de los empleados. Aparecen infinidad de pequeños grupos de trabajo con muchas tareas diferentes. El tiempo en el lugar de trabajo puede verse como una manera de entender cómo encajan estos tres elementos. El “horario flexible” transforma la jornada de trabajo en un mosaico de gente con tiempos diferentes y personalizados, donde el empleado está bajo el estricto control de la institución. Se descentraliza el trabajo desde el punto de vista físico, pero el poder ejercido sobre los trabajadores es más directo y coactivo.

Los trabajadores no poseen un conocimiento práctico de su oficio porque dependen de un programa informático. El trabajo se vuelve oscuro, en tanto es dificultoso saber qué están haciendo y cuál es su lugar en la sociedad. También se vuelve acrítico, al ser un tipo de trabajo donde la dificultad queda eliminada, ya que la única que se cristaliza es la de asumir riesgos. Lo mismo ocurre con la frágil identidad del trabajo al no poseer una profunda comprensión del mismo. La sensación es la de estar siempre volviendo a empezar. Para Fredric Jamenson, hay una “incesante rotación de los elementos” en la experiencia moderna, tal como ocurre con el trabajador al moverse de ventana en ventana por la pantalla del ordenador (Sennett, 2000: 140).

La red amorfa que reemplaza a la pirámide burocrática genera tres situaciones: “movimientos ambiguamente laterales”, “pérdidas retrospectivas” e “ingresos

impredicibles” (Sennett, 2000: 88). La primera es la que se origina cuando los individuos creen que están moviéndose verticalmente dentro de una pirámide que ya no existe y cuando en realidad se desplaza horizontalmente. La segunda situación se debe a la escasa información disponible para tomar decisiones que a la larga son equivocadas, al llevarlos a asumir riesgos. Una situación similar ocurre con la tercera situación, que se produce cuando una persona cambia de trabajo con la esperanza de obtener mayores beneficios. Por otra parte, se genera una sensación en la cual “no moverse es sinónimo de fracaso, y la estabilidad parece casi una muerte en vida” (Sennett, 2000: 91). Los ganadores del mercado de trabajo se quedan con todo.

La vida productiva se reduce a la mitad de la vida biológica. El mercado laboral expulsa a los trabajadores de más edad antes de estar física o mentalmente incapacitados. Busca trabajadores jóvenes porque aceptan con mayor facilidad órdenes desacertadas sin cuestionarlas; la experiencia es contraproducente.

El trabajo en equipo es la ética laboral que conviene a una economía flexible. Este tipo de trabajo es “la práctica en grupo de la superficialidad degradante” (Sennett, 2000: 104). Presenta a las “relaciones humanas como una farsa” (Sennett, 2000: 112) y por superficialidad evita las cuestiones personales divisorias. El poder se presenta sin autoridad, los poderosos aparecen como facilitadores, desorientando a los empleados que terminan haciendo el trabajo del jefe. Esa idea de grupo sirve para presionar a los empleados para que obtengan una mayor productividad, gracias a la mutua responsabilidad.

Sennett usa el término ironía, como sinónimo de un estado mental en el cual la gente no se toma en serio a sí misma porque los términos cambian constantemente. Esta visión irónica surge en los tiempos flexibles, sin criterios de autoridad y responsabilidad. La ironía estimula a la gente a desafiar al poder. Lo cierto es que el fracaso se ha vuelto común en la vida de los pobres y de la clase media. En el contexto flexible, aparece un mercado donde “el ganador-se-lo-lleva-todo”, con lo cual se extiende la perspectiva del fracaso. Al oponer el éxito al fracaso, se acepta incuestionablemente el fracaso (Sennett, 2000: 124).

En el contexto flexible, el yo es maleable, es “un collage de fragmentos que no cesa de devenir, siempre abierto a nuevas experiencias” (Sennett, 2000: 140), y es necesario para vivir la experiencia de pasar de un trabajo a otro, con instituciones flexibles y con el riesgo acechando constantemente; éstas son precisamente las condiciones psicológicas apropiadas para la experiencia de trabajo a corto plazo, las instituciones flexibles y el riesgo constante.

El nosotros se ha vuelto una palabra defensiva, que suele utilizarse para rechazar a los forasteros; opera como un muro que protege contra un orden económico hostil. La indiferencia es otra característica del capitalismo flexible, en tanto material, como sucedía en el viejo capitalismo, como personal porque el sis-

tema es menos claro en su forma y allí el ganador se lo lleva todo; se está entre la pérdida del otro, que imposibilita una narrativa y un destino compartidos.

Una visión más positiva aparece en Beck, para quien la democracia se ha internalizado, volviendo insuficientes los conceptos de la primera modernidad. Vivimos en un tiempo donde es cotidiano un plus de libertad; la era de los “hijos de la libertad”. Como los espacios de reflexión se hacen más pequeños pero también más intensos, se vuelven inmanejables, llevando a los hijos de la libertad a “*practicar una denegación de la política altamente política*” (Beck, 1999:11), pero sin seguridad. La libertad se torna débil y vulnerable.

La diversión es utilizada por los hijos de la libertad como algo propio con lo que puede atemorizar a los adultos, ya que la política de los adultos nada tiene que ver con la diversión; los jóvenes son apolíticos, al no prestarle atención a las instituciones políticas que giran en torno a sí mismas. Esta desatención es un hecho político que se complementa con un compromiso auto-organizado por los demás. Se busca la “realización personal y asistencia a los otros, realización personal como asistencia a los otros” (Beck, 1999:14), y se disputa el monopolio de la administración del bien común a las instituciones. Es, en suma, un “individualismo altruista”, donde “quien vive para sí, tiene que vivir socialmente” (Beck, 1999:19).

El individualismo es un producto deseable e inevitable del desarrollo democrático, ya que sin la ampliación y consolidación de la libertad política y la sociedad civil el futuro será aún más caótico, sostiene Beck. Los aspectos inmateriales de la calidad de vida tienen un rol cada vez más importante en los reclamos individuales. También debe consolidarse la sociedad civil; es decir, deben asentarse la política e identidad locales frente a los centros nacionales y al capital global; jugando un papel muy importante los símbolos que crean y afirman el discurso y la audiencia pública, que llevan a un espíritu colectivo.

El individuo necesita para su protección y desarrollo encontrarse inmerso en colectivos, pues sólo el poder público es el único capaz de imponer un mínimo de cohesión social y de proteger al sujeto. Esta relación puede verse en el “individualismo de masas” (Castel, 2004: 466) de Marcel Gauchet, en donde se logra mantener el equilibrio de la sociedad salarial entre individuo y colectivos protectores. Hasta el derecho social se individualiza; tanto como puede particularizarse una regla general. Es evidente el carácter irreversible que tienen los cambios que apuntan a una mayor flexibilidad en el trabajo y fuera de él. Estas modificaciones obligan a los individuos a autodefinir su identidad personal. Se produce una prolongación de la postadolescencia, con gran peso de la aleatoriedad y una vida profesional dura y cada vez más breve. La individualización de las tareas laborales permite a algunas personas liberarse de los grilletes colectivos y expresar mejor su identidad gracias al empleo; pero a otras les resulta aislante y vulnerable.

4.1. El individuo en el capitalismo periférico

En el análisis de la modernización reflexiva, Giddens y Beck proponen una revisión radical de la dialéctica individuo-sociedad, acuñando el concepto de *individualización* que presupone al individuo como actor y director de su propia biografía. Destacan la desintegración de las certezas de la sociedad industrial y la creación de nuevas interdependencias globales. La individualización y la globalización aparecen, en la modernización reflexiva, como dos caras de una misma moneda. Estos procesos no pueden ser iguales en las sociedades del capitalismo central y en el periférico, ya que las prácticas de ejecución cotidiana de la individualidad son diversas. Por ese motivo, Fernando Robles crítica a Beck y a Giddens por la utilización universal e indistinta de los conceptos de *individuación* e *individualización*. Por *individuación* este autor entiende la forma específica que asume “la construcción de la individualidad como principio axial de las sociedades de riesgo en el capitalismo periférico, caracterizado por la masificación y generalización de la exclusión” (Robles, 1999: 294-5), donde gran parte de la población está excluida de las prestaciones de los sistemas sociales. Es que el capitalismo periférico es algo particular, que se mueve sincrónicamente con el capitalismo central, pero no por detrás tratando de alcanzarlo.

Para Mead –por su parte– la individuación es la autorrealización de un sujeto autónomo, como proceso lingüísticamente mediado por la socialización y por una autoconfrontación consigo mismo, que en la individualidad de las sociedades centrales es un proceso asistido, mientras que en la individuación de los países periféricos es desregulada con un significativo aumento de las inseguridades ontológicas debido a la precariedad en el empleo, las diferenciaciones de género, etc.

El yo (I) se materializa en la auto-interacción y auto-observación, convirtiéndose en mi (me), posibilitando a la identidad devenir en sujeto y a la vez objeto de sí mismo y del otro concomitante. Es necesario un otro que participe activamente. El mí cristizador de expectativas institucionales se diluye bajo la presión de las obligaciones crecientes, recargando al yo que es sobreindividualizado, llevando a cabo un proyecto biográfico en que se encuentra solo. En el proyecto de identidad posconvencional la relación entre el yo y el mí se invierte y la conciencia de la crisis en las sociedades de riesgo resquebraja los ambientes de confianza.

En la individuación, a diferencia de lo que ocurre en la individualización, la autoconfrontación del sujeto consigo mismo es desregulada y no asistida y la búsqueda del otro es obligada. En el capitalismo global periférico los ricos ya no necesitan a los pobres, porque el ejército industrial de reserva se ha transformado “en una masa de sobrantes, los que incrementan la existencia del empleo precario” (Robles, 1999: 310). El mundo se estructura sobre elementos insospechados como la manutención de los puestos de trabajo o el domicilio, pero donde “los resultados de la individuación plasmados en situaciones biográficamente relevan-

tes nuevamente juegan un papel preponderante”. Las tecnologías de la información incluyen cada vez más a los incluidos y expulsa a los excluidos. La individuación es “la forma de identidad individual y social que caracteriza principalmente la exclusión” (Robles, 1999: 313).

Los fundamentos de las instituciones se vuelven irreales y, por lo tanto, dependientes de los individuos. Surge un mundo doble, con sus partes dependientes. Para Robles la individuación es “una radicalización insospechada e involuntaria de la individualización” (Robles, 1999: 316). Es un “arreglárselas como puedas”, por lo que no se puede hacer ninguna planificación, ya que “el problema no es el futuro del mes sino del mañana” (Robles, 1999: 317). Significa varios fenómenos a la vez: 1) la agonía de las formas tradicionales de vida y su sustitución por otras en donde se escenifica la propia biografía sin ningún tipo de ayuda; 2) no hay alternativa a individualizarse; 3) se desplaza la política a la actividad de los individuos, “sin que necesariamente ellos se sientan en el centro de la política” (Robles, 1999: 318); 4) da lugar a identidades híbridas, en tanto que la razón práctica obliga a elegir en la acción como si hubiera una racionalidad con arreglo a fines, pero que termina guiándose por la atención del otro y las instituciones.

La individuación posibilitaría, así, negarse a situaciones insoportables, pero también es la contracara de la individualización propia de las sociedades centrales.

5. El conjunto de los individuos flexibles: la multitud

El concepto de pueblo está asociado a la separación entre un “adentro” habitual y un “afuera” ignoto y hostil. El concepto de multitud, por su parte, se encadena al derrumbe de esa separación, ante una realidad que cambia constantemente. El pueblo es uno porque la comunidad coopera para atenuar los peligros, mientras que la multitud se mancomuna por el riesgo que deriva del “no sentirse en la propia casa” (Virno, 2003:21-4).

La “vida de la mente” es “el Uno que sostiene el modo de ser de la multitud” (Virno, 2003:28), por lo que deviene pública en sí misma. Si esta publicidad del intelecto no se articula en un espacio político en donde los muchos puedan ocuparse de los asuntos comunes, se producen efectos negativos, multiplicando localmente la sumisión.

La unidad de la multitud se constituye por “las facultades lingüístico-comunicativas” (Virno, 2003:35) comunes a la especie, por el “general intellect”. Se trata de una unidad/universalidad heterogénea, distinta de la estatal. El intelecto público, en el postfordismo, se presenta como un recurso productivo más, puede conformar un nuevo principio constituyente. La multitud, por un lado, nos habla de la producción social basada en el saber y el lenguaje; por otro, de la crisis del

Estado como organización. En el régimen postfordista hay demasiada política en el trabajo asalariado para goce “de una dignidad autónoma” (Virno, 2003:44). Los instrumentos de producción no son sólo máquinas sino también competencias lingüístico-cognitivas, por lo que los medios de producción consisten “en técnicas y procedimientos comunicativos” (Virno, 2003:59). Como es una de las principales fuerzas productivas, el intelecto se hace público. El trabajo se vuelve comunicación “y por ende se tiñe de tonalidades ‘políticas’” (Virno, 2003:62-3). Con el surgimiento de la industria cultural, el virtuosismo se convierte en trabajo masificado, porque la obra es inseparable de la acción misma. Como en ella la actividad comunicativa se cumple en sí misma, la estructura del trabajo asalariado coincide con la de la acción política.

La multitud, como concepto, se relaciona con el principio de individuación; la noción foucaultiana de *biopolítica*; las tonalidades emotivas; la avidez de novedades. La multitud consiste “en una red de individuos; los muchos son singularidades” (Virno, 2003:76), y deben ser considerados como el resultado final de la individuación; poseyendo características preindividuales genéricas, de lo preindividual. Al participar en un colectivo, el sujeto puede individuarse.

6. Conclusiones

Radicalización o transformación profunda de una etapa por otra. Cualquier postura no hace más que confirmar que el cambio ya está aquí. En este sentido, es oportuno destacar la diferencia que hace Ulrich Beck entre el “esto o aquello” y el “esto y aquello”. Frases con las que el autor se refiere al defasaje producido entre el mundo en el que vivimos y nuestras categorías de pensamiento. El “o” hace referencia a un período de auge del fordismo, “o” en el que todavía nuestro esquema mental sigue anclado a pesar de los cambios. El “y” es característico de la sociedad actual, de la “*sociedad del riesgo*”. El pasaje de una diferenciación funcional a una coordinación funcional, marca el proceso.

Es necesario destacar esta dislocación entre realidad y pensamiento, para comprender qué es lo que está realmente en juego: la sociedad y los sujetos, y la forman en que son vistos. No parece importante, aquí, discutir sobre si la modernidad ha muerto y si la posmodernidad es su contracara. Resulta más provechoso ver las continuidades entre el fordismo y el régimen flexible, para poder pensar al individuo y la sociedad; de esta manera los cambios serán resaltados por sí mismos. La forma en cómo éstos se conciben tiene una centralidad muy profunda en nuestro tiempo, gracias a la reflexividad.

La reflexividad es la forma en la que nos miramos a nosotros mismos y a la sociedad de la cual formamos parte; es saber que sabemos. Ese conocimiento es tan importante como aquel conocimiento científico que hoy se ha posicionado en

el centro de la productividad. En el fondo, ésta se basa en el proceso de circulación del capital, y el tiempo y el espacio son vitales para él. Ese tiempo y espacio, desanclado y global, puede verse como una construcción mutua –como una intersección más– entre individuo y sociedad. El desafío es comprender la importancia de lo local. Tanto individuos como sociedades se han vuelto reflexivos, se piensan a sí mismos en un contexto donde asumir riesgos omnipresentes es una tarea cotidiana, que a su vez los transforma y constituye.

La construcción de sujetos y de colectivos son procesos en constante movimiento, donde la reflexividad juega un papel central. Ese conocimiento de la realidad, de las reglas de juego que proponen las instituciones y su internalización, no es igual en las sociedades centrales del capitalismo que en la periferia. Por esta razón, el concepto de individuación que propone Robles es adecuado para entender lo que ocurre en sociedades como la nuestra. Por otra parte, acerca de países como Argentina, los conceptos teorizados por Beck y Giddens en sus estudios sobre la reflexividad y la sociedad del riesgo parecieran ser de corte universal. La cruda situación de nuestras sociedades indica una lucha más descarnada –y más solitaria– por parte de los sujetos, en este contexto signado por un proceso empeñado por constituirse como individuos. Si bien las instituciones han perdido influencia, el riesgo ha aumentado considerablemente y la situación es peor en la periferia. En ellas el Estado –como la principal institución social– no ha perdido importancia: ha redefinido su rol, a pesar de su escaso presupuesto económico; un papel de policía que no construye identidades (al menos no identidades fuertes y duraderas). Los hijos de la libertad, con su democracia internalizada, parecieran estar trancos en las sociedades periféricas.

La pérdida del otro se hace notoria en el concepto de multitud. Ante el reemplazo de carreras laborales por meros proyectos, se pierde el papel que tenía el trabajo como dador de subjetividad, creciendo la importancia del consumo. Se deben buscar nuevos referentes para constituir identidades. La ausencia del otro para constatar diferencias, pero también para reafirmarse como individuo, hace que el concepto de pueblo –tal como lo conocemos– pierda sentido. Ya no hay un adentro –seguro– y un afuera –hostil– cuando el riesgo se cuele por todos los frentes. Es así como los individuos se agrupan en forma de multitud. Se pasa de la homogeneidad del pueblo a la heterogeneidad de la multitud. La libertad se vuelve poco segura, amenazando a un orden que ya no funciona con las reglas estatuidas por la burocracia. En la red, la amenaza está siempre presente, nadie puede estar seguro. La interacción se vuelve puro presente, algo virtuoso, donde la experiencia no es algo positivo ya que podría frenar el cambio.

La pura interacción, la libertad internalizada que posibilita al capital moverse por todo el globo y que deja a los individuos sin guía, permiten entrever algo más: la individualización y la globalización aparecen como dos caras de la misma moneda. En ella importa saber qué lugar ocupará lo local en su relación con el

mundo; así como el sujeto en tanto individuo, si será mero consumidor o si podrá efectivamente transformarse en creador de su propia biografía.

Bibliografía

- BECK, Ulrich, (1999), *Hijos de la libertad*. Buenos Aires: FCE.
- BECK, Ulrich, "Teoría de la sociedad del riesgo", en Josexto Berain (comp.), *Las consecuencias perversas de la Modernidad. Modernidad, contingencia y riesgo*.
- CASTEL, Robert, (2004), *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós Estado y Sociedad.
- CASTELLS, Manuel (1996), *La era de la Información: Economía, sociedad y cultura*. Volumen I: *La sociedad en red*.
- GIDDENS, Anthony, (1997) *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza Universidad.
- (2000), *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- (1997), *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Ediciones Península.
- HARDT, Michael y NEGRI, Antonio (2004), *Imperio*. Buenos Aires: Paidós.
- HARVEY, David, (1998) *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- LASH, Scott y URRY, John, (1998) *Economías de signos y espacio. Sobre el capitalismo de la posorganización*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- ROBLES, Fernando, (1999) "Individualización e individuación, inclusión/exclusión y construcción de identidades en las sociedades periféricas de riesgo". *Revista del Departamento de Sociología*. Chile: Universidad de Concepción.
- SENNETT, Richard, (2000) *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- VIRNO, Paolo, (2003) *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*. Buenos Aires: Ediciones Colihue S.R.L.